

COMENTARIO Confianza.

Los discípulos acaban de escuchar, de labios del Maestro, que va a ser entregado y que sufrirá. Jesús ha anunciado su Pasión.

Estas palabras son difíciles de comprender y han desmoralizado a los apóstoles. Jesús, para darles ánimos, les muestra que el final no es el sufrimiento, sino la vida y la resurrección. Este es el sentido de la Transfiguración. Jesús se esfuerza por animar a sus discípulos.

El relato se sitúa en una "monte alto" que la tradición ha identificado como el monte Tabor. Jesús aparece lleno de luz blanca. Estos datos del evangelio quieren establecer un paralelismo entre Moisés y Jesús. Moisés subió al monte Sinaí para recibir la Ley de Dios y, de estar cerca de Dios su rostro brillaba tanto, que tenía que ponerse un velo en la cara para no deslumbrar al pueblo. Jesús es un «Nuevo Moisés» que guía al nuevo pueblo de Dios.

Podemos sentir desánimo. Jesús anima nuestra esperanza y nos invita a estar alegres.

SABÍAS QUE... El monte Tabor

El monte Tabor es una montaña de la Baja Galilea de 588 metros de altura. Desde su cumbre se divisa el panorama espectacular de cinco fértiles valles, entre los que destaca el valle de Jizreel (Esdrelón). A lo largo de los siglos ha tenido valor estratégico, debido al amplio panorama que se domina desde su altura.

Esta montaña está cargada de significado religioso desde tiempos muy antiguos.

Varias tradiciones de los primeros siglos del cristianismo, sitúan la Transfiguración en la cima del monte Tabor. Ya en el siglo IV se construyó en su cumbre una capilla.

ORACIÓN

Gracias, Señor, por este momento de luz que ha venido a borrar la oscuridad que había hecho nido en mis pupilas.

Gracias, Señor, porque lo veía todo negro y pensaba que ya nunca nacería en mis labios una sonrisa.

Gracias, Señor, porque eres la luz que alumbra mi caminar. Gracias por regalarme el amanecer de tu amistad.

Web Santa Clara: www.parroquiasantaclara.com



COMUNIDAD DE SANTA CLARA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 17,1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

–Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: –Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: –Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

–No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Palabra del Señor

Sal de tu tierra, por una promesa. *Sigue* la senda, por donde te lleva.

Sube, escucha, contempla, que Él te lo muestra, de Dios estás cerca.

Y si acampas, *levanta* la tienda. *Baja* y no temas. Solo a la luz de su estela.

Hoja Dominical nº 182 16 de marzo de 2014

PROMESAS INCUMPLIDAS

Una de esas enseñanzas de nuestros padres y de nuestros abuelos que surgen de la sabiduría de la vida, y por ello se transmiten a los hijos y nietos con mayor vehemencia, es la de «tener palabra», la de cumplir las promesas hechas. Aunque las cosas no vayan como esperamos, aunque las personas cambien, y a pesar de que sea mucho más difícil cumplir que prometer, una promesa ha de mantenerse siempre: hay que ser gente de palabra. Este tipo de cosas sabidas y aprendidas en casa, tan importantes para la vida, chocan con ese mundo más grande y más complicado, en el que la sabiduría del hogar tiene poco valor. En él las palabras que se dan son voces que se lleva el viento y las promesas se difuminan en el papel mojado donde se escriben. Por eso, hay que escrutar la letra pequeña del contrato, o guardar bien la garantía del producto, o grabar la conversación con el cliente o con el jefe. Se trata de otro tipo de sabiduría: no ya la de casa, sino de la selva. Es tan habitual saltarse las promesas, que han tenido que surgir figuras que las salvaguarden: el abogado que te explica el contrato, el defensor (del consumidor, del pueblo...) al que puedes reclamar, la auditoría que inspecciona a la empresa, la oposición que controla las promesas del gobierno, etc. Aun con todo, también estas figuras pueden estar bajo sospecha. ¿Quién se puede fiar entonces? ¿Para qué sirve dar palabras y hacer promesas? Gran parte de nuestras relaciones se basan en la desconfianza mutua, porque siguen el modelo de las relaciones económicas, del capital, en donde lo más importante es la defensa de la propiedad individual, del bien propio frente al bien del otro. Hay que desconfiar, porque aquel con el que hago el trato mirará antes por su interés que por el mío, y en el cumplimiento de sus promesas siempre prevalecerá su propio beneficio. Así es la economía vigente. El problema es extrapolar este modelo al resto de nuestra vida. Un gesto tan habitual como el de saludarnos dándonos la mano remite a la desconfianza de comprobar en un intercambio comercial que el otro no esconde un arma debajo de la manga. Sin embargo, nos es posible desplazar estos significados económicos de nuestras relaciones y devolverles los de una sabiduría de casa, que nos enseña que vale más conocer al otro, establecer vínculos de confianza más allá de costes y beneficios, y cumplir las promesas que hagamos.

Juan Velázquez—Revista Eucaristía



«El hombre tiene casi constantemente ocasión para ser ayudado por sus hermanos, y es en vano que la espere solo de su benevolencia. Será más probable que lo logre si puede poner su amor propio en su favor, y mostrarles que es por su propio provecho que hagan por él lo que les pide. (...) No es por benevolencia del carnicero, del cervecero, o del panadero que contamos con nuestra cena, sino por la consideración que tienen hacia su propio interés. Nosotros mismos nos dirigimos, no a su humanidad, sino a su amor propio, y nunca les hablamos de nuestras propias necesidades, sino de sus beneficios». *Adam Smith, La riqueza de las naciones*

UN POEMA

Distíngueme, Señor, ponme tus señas en medio de la frente, que no sea un número cualquiera, un trozo solo de identidad perdida confundiendo.

Márcame bien los ojos, traza un signo de ternura en mis manos, que las huellas de mis pies al andar marquen tu paso desigual y perfecto por la tierra.

No consientas que borren estas voces. Que anulen mi palabra, que me pierda anónimo y sin luz sin yo ya propio.

Tan libre quiero estar, tan en mí mismo, lejos de los senderos uniformes que estoy contra mí mismo y contra todos.

Salmo de la Transfiguración

Transfigúrame. Señor, transfigúrame. Traspásame tu rayo rosa y blanco. Quiero ser tu vidriera, tu alta vidriera azul, morada y amarilla en tu más alta catedral. Quiero ser mi figura, sí, mi historia, pero de Ti en tu gloria traspasado. Quiero poder mirarte sin cegarme, convertirme en tu luz, tu fuego altísimo que arde de Ti y no quema ni consume. ¡Oh mi Jesús alzado sobre el trío -Pedro, Juan y Santiago- que cerraban sus ojos incapaces de sostener tu Luz, tu Luz! Y no cerrar mis párpados como ellos los cerraban con tu llaga de luz sustituyéndote en inconsútil túnica incesante, y dentro Tú manando faz de Dios. *Gerardo Diego*